



Universidad
de
Antioquia

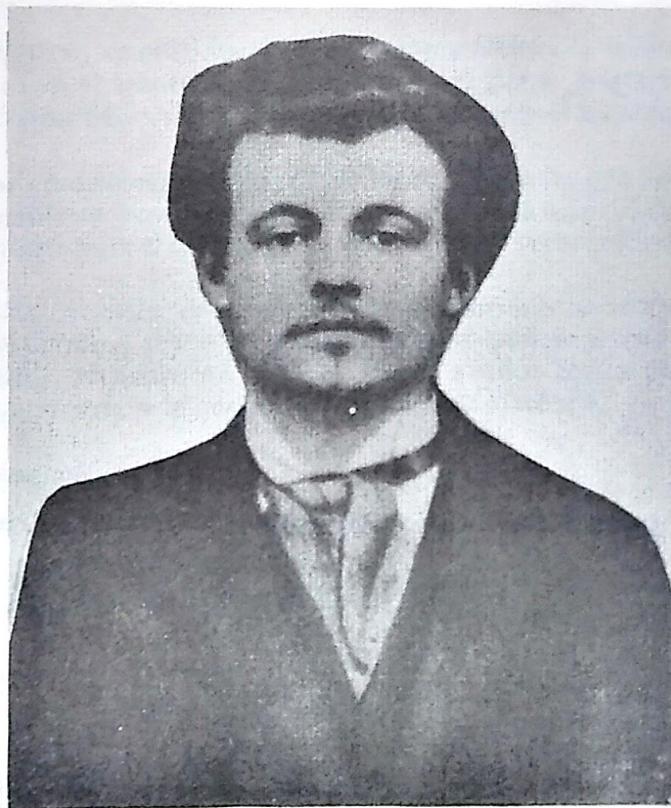


Departamento
de
Bibliotecas

ciclo de literatura

Pablo Turó

Leve verbografía de imaginarios lugares
(Alfred Jarry y la Patafísica)



Jueves 22 de abril de 1982 Biblioteca Central - 1o.Piso

Siguiendo por esta precisa ruta que, al presentarse ante nosotros en riguroso y ordenado desfile, van trazando con su tenue rastro las palabras hasta aquí dichas y las demás que (sucesivas) en adelante irán llegando a serlo, emprendemos ahora la marcha que debe conducirnos hacia los Imaginarios Parajes señalados por el tema como de su dominio y de nuestra incumbencia; insólitos lugares que, en su oportuno momento y en virtud del ejercicio sin tregua de vitales y literales esfuerzos, Alfred Jarry conquistara con dura lucha al ajeno Reino del Silencio, para ofrecer abierto su acceso, al actual asalto de nuestra curiosidad, por los singulares caminos de sus textos.

Deberemos comenzar, cuando apenas recién emprendemos la travesía y antes de penetrar de lleno en el asunto propuesto, por hacer ciertas aclaraciones en torno de algunos conceptos básicos que serán necesarios durante el trayecto.

Dada la peculiar consistencia imaginaria de las regiones a las que nos dirigimos, lo primero será establecer nuestros postulados en torno a la esencial actividad imaginativa, indispensable para el desarrollo de este proyecto verbográfico.

Con tal propósito entonces, (y para ahorrarnos cuantiosas labores y esfuerzos sin dejar que nos intimide el reproche de explotar en beneficio propio los productos del trabajo ajeno), recurriremos para el efecto a unos cortos pero elocuentes versos cuya manufactura se le imputa a Don Antonio Machado.

Dicen de esta manera:

“SE MIENTE MAS DE LA CUENTA
POR FALTA DE FANTASIA:
TAMBIEN LA VERDAD SE INVENTA”

Difícilmente podría expresarse, en tan pocas palabras y de una manera tan clara en sus términos, de otro modo diferente la cuestión que aquí nos interesaba indicar. Será de gran utilidad, para el desarrollo discursivo que intentamos, detenernos un tanto sobre lo que estas líneas citadas, generosamente, puedan revelar-nos sobre la naturaleza y atributos de los Reinos Imaginarios.

Entre los términos expresos del primero, y los del segundo de los versos, se establece la relación de un efecto con su causa; es decir, el vínculo de una necesidad de índole lógica o gramatical, que las vincula en un mismo acontecer o serie progresiva de eventos interdependientes; tal cosa ocurre (es efecto) por tal otra cosa (que la causa); el efecto del exceso de mentira anotado, encuentra en la carencia de fantasía el motivo o causa originaria, de que depende en tanto se expresa como resultado, como producto de un proceso activo que lo genera.

Encontramos además otro tipo de relación presente en este mismo par de líneas; la que establece entre la peculiar relación de términos de cada una, al contar en ambas con un factor comparativo cuantificador relativo a los respectivos atributos conjugados, una mutua relación de dependencia cuantitativa al ser referidos como atributos de orden diverso, y expresados simultáneos sobre un mismo caso.

Esta relación cuantitativa, (tanto de mentira que corresponde por tanto de fantasía), se establece con claridad como del orden inversamente proporcional; la presencia excesiva del atributo mentira responde a la ausencia o deficiencia del atributo fantasía; el incremento del primero supone la proporcional reducción del segundo, que además, como ya vimos, opera como causa con respecto al expresado como efecto en la primera línea. Siendo, pues, el atributo fantasía de naturaleza activa, y por tanto operante desde el rango de las causas o intensidades, y en cambio el atributo mentira resultado pasivo, residuo apreciable de una actividad extraña a sí mismo, y por ello apareciente desde el rango de los efectos extensos, y contando con la inversión de proporcionalidad que relaciona sus magnitudes correferidas, podemos deducir, sin mayor problema con censores lógicos o gramá-

ticos, algunas conclusiones cómodas para nuestro empeño, implicadas por las simples palabras no muy numerosas, que de Machado usurpáramos.

Si el producto que genera un defecto de imaginación o fantasía, en tanto expresión en torno de algún aspecto posible de lo real, se presenta como opulento en el negativo efecto de falsedad o mentira, sólo el incremento sustancial, absoluto de ser posible, de cuantía positiva del deseable atributo causal imaginario, puede remediar la deplorable condición de toda expresión sujeta al mencionado efecto.

Esto es lo que comprueba, y por otro lado reconfirma, el enunciado consignado en la tercera línea, relativo y complementario a los anteriores. No son pues, como de ordinario se opina, los desbordes de la imaginación o fantasía los causantes de la expresión de mentira, sino todo lo contrario; y no es muy difícil observar en la práctica la justa validez de lo que dicha ecuación poética formula de manera exacta y concisa.

Así, como indica el final enunciado, toda verdad, o efecto expresivo con atribución nula de mentira, comienza en cada caso, siempre, por un proceso de invención o imagería, que la posibilita, formula y realiza como efecto buscado y conseguido.

Sólo la más completa y definitiva fantasía, el más intenso y riguroso ejercicio de la actividad imaginativa, tiene el poder suficiente para llegar a realizarse a plenitud, como verdad efectiva dentro del marco preciso de su dimensión operatoria.

Toda posible verdad efectiva se presenta pues, desde su inicio mismo, en su más puro carácter como producto ficticio o imaginario, como manifestación configuradora de una nueva dimensión vigente de la realidad que en ella y desde ella se expresa; de tal modo, que lo imaginario o fantástico no se opone como contrario a, ni queda excluido del ámbito de su dominio, lo comprendido por el marco de lo Real Existente.

Según estos lineamientos, la irrealidad no es entonces, como el más habitual sentido común pretende, el atributo pertinente y adecuado que corresponde en justicia a los factores imaginarios o fantásticos; antes bien, toda realidad efectiva operante sólo ha podido llegar a serlo luego de, y también por medio de, el determinado proceso que precisa sus posibilidades, en un amplio sentido, a partir del desarrollo de un germen originariamente imaginario.

Tras de cumplir en cierto modo con la exigencia apremiante de formulación del preciso postulado sobre la realidad y sus esenciales orígenes en el proceso imaginario, finalizaremos esta zona de preambulación o de preparativos que preceden nuestra precisa actividad ambulatoria o de recorrido del tema.

Aclararemos que la tenue imagen que esta tentativa verbográfica espera como resultado poco o nada tiene que ver con los trazos de un retrato ni de un mapa; nada pretende que sobrepase los alcances de un fugaz vistazo sobre alguno de los tantos rincones que desde su obra Jarry nos ofrece.

Sabemos que el autor y sus obras persistirán con su opulento hermetismo simbólico inviolado, desmesurados e imperturbables, desafiando todo intento de calumnia o de comentario que a costa suya nosotros aquí lográramos.

Las magnitudes y cantidades de posibles asuntos desde tan desconcertante y varia obra excede toda preparación o recurso para enfrentarlos globalmente; y su abigarrada complejidad de elementos, nos impide el encararnos con una parcela de tema que rebasara un simple aspecto entre otros, esbozado apenas desde unos apartes dentro de una obra mucho más compleja y ambiciosa. Nos limitaremos así tan solo a la cuestión de la llamada "Patafísica", disciplina del pensar y noble oficio que en su extraordinaria vida ejerciera el doctor Faustroll, y de las notables relaciones de esta paradójica doctrina con la consistencia y realidad de los lugares imaginarios, objetivo del interés de esta informal travesía que a paso de palabra vamos a ir ejecutando.



No es por una simple casualidad que el paradójico Alfred Jarry hizo justamente de la casualidad, o del régimen del azar o de las excepciones, uno de sus motivos centrales en algunas de sus más serias y profundas reflexiones. Debemos aclarar que la seriedad para Jarry, requisito primordial para la totalidad de los proyectos y actividades que se emprendieran, nada tiene que ver con la fúnebre solemnidad que excluye y reprime toda manifestación instalada desde la risa o sus inmediaciones. Por el contrario, los asuntos del humor y de sus afines siempre revistieron especial importancia y seriedad dentro de desarrollo de sus especulaciones.

Decíamos que no es por una simple casualidad que Jarry escogiera a la casualidad misma como tema central de algunas de sus más profundas y resonantes meditaciones. No es por una simple casualidad, entre otras cosas, si paramos un momento a considerar sobre qué es lo que puede ser lo que suponemos designar bajo la etiqueta de tal nombre; en todo caso no es nunca "simple", en un sentido estrecho, tan solo porque de tal forma lo incomprendamos a la ligera, ya que con la invocación de tal apelativo casi siempre, lo único que manifestamos, es nuestra despreocupada ignorancia con respecto a los ocultos o incomprensibles mecanismos con que, en cada caso de un modo que se nos presenta como singular o excepcional, opera su "azarosa" producción.

Lo casual, expresión de la esencial singularidad, presenta el adicional atractivo de su paradójica constitución al ser propuesto como temática de una investigación sistemática, o aún de una somera indagación, cuyo asunto se esbozaría como determinación de las causas de lo que carece de ellas; paradójico revoltijo capaz de indigestar al más controlado aristotélico.

Así pues, desde la postulación de la actividad pataffísica, encontramos que nuevas alternativas se ofrecen al pensamiento en su actividad; y de modo decisivo, la fundamental actividad imaginativa entra a funcionar plenamente junto a las demás labores mentales, que de ordinario ocupan todo el espacio por el que se mueve en su desarrollo el pensar habitual, enriqueciendo en horizontes y recursos las complejas tareas del intelecto.

Los causales de los casuales, regulación de los azares o legislación de lo arbitrario, justamente localizan la paradójica dimensión desde la que nuestro autor se sitúa para formular expresa y activamente tan audaz modalidad de pensamiento como la que se menciona con el nombre de Patafísica. Esta disciplina intelectual, atenta en cada caso a los atributos de lo singular en vez de perpetuar la bimilenaria tradición del rito aristotélico (que busca las normas de lo general), encuentra su primordial y originario principio en la facultad imaginativa, y llega a postular, desde el horizonte de una concepción por completo diferente de la del común sentido habitual, la esencia imaginaria de toda realidad posible, y en tanto posible o imaginable desde su peculiar contexto, absoluta y efectiva en su preciso rango de existencia.

Veamos la definición que Alfred Jarry esboza de tan singular disciplina, y lo que desde ella podamos alcanzar ahora nosotros.

“LA PATAFISICA ESTUDIARA LAS LEYES QUE RIGEN LAS EXCEPCIONES, Y EXPLICARA EL UNIVERSO SUPLEMENTARIO DE ESTE, O, MENOS AMBICIOSAMENTE, DESCRIBIRA UN UNIVERSO QUE SE PUEDE —Y QUIZA SE DEBERIA— CONSIDERAR EN LUGAR DEL TRADICIONAL, PUESTO QUE LAS LEYES QUE SE SUPONE HABER DESCUBIERTO EN EL UNIVERSO TRADICIONAL SON TAMBIEN CORRELACIONES DE EXCEPCIONES, AUNQUE MAS FRECUENTES, PERO EN TODO CASO DATOS ACCIDENTALES QUE, REDUCIDOS AL ESTATUTO DE EXCEPCIONES NO EXCEPCIONALES, NO POSEEN YA NI LA VIRTUD DE LA ORIGINALIDAD”.

El muy ilustre y casi desconocido maestro patafísico argentino, Juan Esteban Fassio, fundador y animador del Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Buenos Aires, al que tuvimos la fortuna de conocer porque en alguna ocasión nos fuera presentado por el amigo Cortázar, en el transcurso de su vuelta al día en ochenta mundos y durante el apartado designado como el de otra máquina célibe, prefiere traducir, en su propia versión castellana y por desgracia sólo publicada de manera

incompleta y salteada, de la obra del insigne doctor Faustroll, la última palabra del trozo anteriormente citado como “singularidad”, en vez de originalidad”.

Aún sin conocer el supuesto motivo original, (la palabra francesa que aparecía en el texto), que provoca entre traductores tales diversiones, o tal diversidad de versiones, en nuestro presente caso preferiríamos optar por la que propone Fassio, y ello firmemente respaldado por estrictas razones de comodidad.

A pesar de la diversidad de maneras empleadas al mencionar la citada virtud en cuestión, y precisamente por ellas en virtud de las exigencias expresadas por los enunciados de la Patafísica, lo que se pretende afirmar es la diversidad misma de modos de emerger lo diverso, diferente, singular, excepcional u original, justamente. Ya se opte por llamarlo de una u otra manera, el carácter de lo esencial en esta consideración apunta, de modo inequívoco, hacia el elemento azaroso, expresión del diferencial primordial o cualidad singularizante.

Preferimos la versión de ‘singularidad’ por encontrarse dicho término, y su vinculación a lo singular, desprovisto de los lastres temáticos que tradicionalmente han envuelto toda discusión en torno al problema del origen. Evidentemente, la originalidad que aquí se quiere mencionar no coincide precisamente con el tema platónico del origen; por ello puede resultar efectivo el contrastarla con el sentido de su versión como singularidad, en prevención contra espíritus de sordas y sordidas entendederas, que pudieran querer hallar en la inocente palabreja un pretexto para emprenderlas malamente con Jarry a costillas de sus traductores.

No se requiere de un excesivo esfuerzo para vislumbrar al menos que las leyes que rigen las excepciones, (claves de lo arbitrario las llama Cortázar), asunto expreso de toda patafísica, encuentran su dimensión propia en un universo suplementario del habitual, ésto es, del supuesto como totalidad unificada de conformidad a las leyes de la regularidad. Las leyes de lo excepcional no son, pues, leyes en el sentido tradicionl (en el que son comprendidas como administradoras de la regularidad, en la repetición de lo mismo, a través de lo diverso); tales leyes encuentran

su sentido, como reguladoras de lo excepcional, en su más pura expresión como arbitrariedad o azar. Paradójicamente, según las perspectivas unilaterales del sentido común, la empresa patafísica se constituye al margen de los severos dictados del buen sentido habitual; 'las leyes de lo que no se sujeta a leyes', según dicho sentido, representan de hecho una imposibilidad inicial, precisamente para aquellos que sólo pueden pensar por medio de las representaciones. Ya se nos comprenderá si se tienen suficientes orejas.

Por otra parte, hacer del azar una necesidad, afirmarlo plenamente, ésto es, acceder a la dimensión de lo singular, presupone plantear una diferencia esencial, *una esencia diferencial*. Así, con respecto a la ciencia de lo habitual, que busca en lo diverso las características de semejanza expresables como igualdad o identidad, el planteamiento patafísico difiere esencialmente en este sentido; de tal manera que el proyecto de las regularidades no es tomado en y desde sí mismo, (lugar desde el que aparecería como proyecto de una verdad absoluta, que agotaría totalmente las posibilidades de lo real mediante su formulación), sino como una de tantas posibles eventualidades, dentro del inagotable dominio de lo diverso; azarosa posibilidad de tener en cuenta (también) aquellos azares que por azar se nos han presentado como más frecuentes, y que han dado pie al discurso de la ciencia para edificar su fenomenología de lo regular, expresable por medio de su cabalística formulación matemática. (En modo alguno menospreciamos la "utilidad", o cuando menos la efectiva funcionalidad en su operar, de esta ideocracia tecnológica que en general nos es hoy peculiar, como habitual sentido común, y que es el fundamento ordinario de las categóricas doxologías de la cotidianidad; lo que decididamente no conviene al sincretismo que queremos desarrollar es su pretensión de exclusividad).

A diferencia, pues, del proyecto de la cientificidad, que desde la modernidad caracteriza en esencia los modos corrientes del pensamiento, (y que prolongan la continuidad metafísica que, como exigencia de una Verdad que se establece como concordancia entre dos órdenes previamente separados a tal efecto, resuena desde los preceptos aristotélicos a lo largo de los dos últimos milenios de historia del

pensar), el proyecto discursivo de la Patafísica no pretende agotar definitivamente las posibilidades de lo Real por medio de formulación alguna que (Eureka!) al fin nos liberara de una vez por todas y para siempre de la agobiante responsabilidad del acto de pensar sobre las posibilidades de lo Real.

Desde el punto de vista de lo singular, perspectiva pertinente al modo de la indagación patafísica, no es entonces el patrón de la Mismidad lo que corresponde rastrear; prendida de lo aleatorio, de la azarosa esencia de lo diferente en cada oportunidad, tampoco puede confiarse de la Razón y su tradicional aparato de semejanzas como herramienta principal (aunque tampoco la deseche como instrumento eventual); dadas las condiciones desde las que dicho discurso se propone como actividad para el pensar, es más conveniente para su desarrollo a cabalidad contar básicamente con la facultad imaginativa antes que con la de razonar. La Patafísica, como discurso centrado en lo otro, en la otredad esencial de lo singular que es su fundamento diferencial, no puede, como la generalizante ciencia de lo mismo, depender primordialmente de la razón instrumental; como ciencia o discurso de lo diferente, encuentra su principal arma, siempre, entre los laberínticos azares que le son ofrecidos por la imaginación. Así, pues, puede Jarry añadir un poco más adelante con justicia y precisión:

“La Patafísica es la ciencia de las soluciones imaginarias”.



Finalmente, con el ánimo de concluir esta leve y verbográfica tentativa, trataremos de esbozar, mediante breve recuento chismológico, algunos singulares asuntos en torno del autor que nos ofreciera hoy los pretextos iniciales de este recorrido; y ello porque Alfred Jarry, en tanto personaje él mismo y participante dentro de nuestra siempre improvisada farsa mundana, resulta no menos estrafalario y desconcertante que cualquiera de los extraordinarios habitantes de sus obras novelescas y teatrales.

Cuentan que hizo su debut sobre las cinco de la madrugada del ocho de septiembre de 1873. Su entrada oficial en escena estuvo amenizada por una violenta tormenta, a cuyos acordes desembarcó la criatura no menos violentamente sobre la faz de este planeta.

Ninguno de los presentes durante el suceso creyó que la criatura sobreviviera al parto, y cuando lo hizo nadie le concedió un plazo mayor de existencia que el de pocas horas. Por ello se le bautizó de emergencia, un cura mal despierto y vestido de carrera se encargó de hacerlo, pero ni siquiera se le adjudicó la propiedad de un nombre pues no se pensaba que pudiera llegar a usarlo.

Seis meses más tarde, y demostrando desde época tan temprana una esencial inclinación vocacional por llevarle la contraria a todos, en vista de que la criatura parecía persistir en su vital empeño desafiando ya a tan tierna edad, y sin contar con el lenguaje aún para hacerlo, toda lógica y sentido común, al fin sus familiares se resignaron a aceptar el hecho, y lo dotaron al fin de un nombre y de su correspondiente y parroquial registro.

Nacido bajo la tutela del signo de Virgo, que lo dota de la naturaleza elemental de la tierra, mientras el signo de Leo ascendía dominando el horizonte matinal; lo que marca su primordial caracterización con el elemento fuego, el atributo de lo volcánico, la volcanicidad engendrada por la tierra cuando la fecunda el fuego. Y también el tiempo mismo del volcán es imagen pertinente del tiempo vital de nuestro autor: lo limitado de la duración de su actividad no impide la excesiva intensidad y contundencia de sus efectivos resultados.

La erupción no se continua indefinida, apenas si dura, pero la conmoción que ella produce rebasa su propia temporalidad; nada puede ser igual tras la explosiva expresión del volcán.

Así Jarry, volcánico hijo de tierra y fuego, en el corto lapso de su trayecto vital sabe marcar con perdurable efecto los territorios desde donde surge su obra con explosiva literalidad.

Poco se sabe sobre su vida de infante; volvemos a tener noticias suyas en los años colegiales. De estas fechas sabemos que el inquieto estudiante ocupaba sus ratos, algunos al menos, a las labores de la irreverencia y la literatura. En estos años comienza a gestarse la obra, y el personaje, por los que posteriormente y aún hoy en día ha llegado a ser más conocido; el asombroso Padre Ubú, Rey de Polonia y Padre reconocido del llamado teatro del Absurdo; gordo y patriarcal monarca de ninguna parte, con el que Jarry mismo en ocasiones acostumbraba identificarse, nacido de una juvenil caricatura que satirizaba la figura y modales de algún profesor que ganara el dudoso honor de merecer de su alumno tal tipo de atención y cierta, aunque anónima, inmortalidad literaria.

Toda la vida de Jarry, aunque poco sabemos de ella por ser en nuestro idioma escasamente documentada, aparece marcada por un apremio constante, intenso hasta la violencia, que lo empuja al ejercicio de actividades iconoclastas, y a combatir con empeño feroz todo lo que tratara de fijarle normas, límites o restricciones.

Como un moderno Aquiles de las letras, su opción vital fue por una existencia breve, pero cargada vivamente hasta el extremo en intensidades y contrastes, antes que por la prolongación de una existencia apacible y sosegada ajena por completo a su naturaleza volcánica.

Y dentro de su grotesca y paradójica figura, vestido de dandy con pinzas de ciclista, extraña mezcla de bufón y de anacoreta, biciclístico Quijote de las Paradojas, siempre con el cinturón donde cuelgan casi siempre al alcance de sus manos un par de aparatosos revólveres descargados... casi siempre por lo menos.

Pablo Turó. Barcelona (España) 1956.
Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana.
Actualmente ejerce el oficio de librero.